

La transformación de los edificios bibliotecarios

Revista “Patrimonio de Chile”

Santi Romero

Arquitecto

Jefe de la Unidad de Arquitectura Bibliotecaria de la Diputación de Barcelona

Inicialmente la biblioteca no ocupaba lugar porque residía en la memoria del hombre, que atesoraba leyendas y tradiciones. La biblioteca adquiere materialidad con la invención de la escritura y, en consecuencia, con la necesidad de acumular y proteger los conocimientos. El espacio físico eran habitaciones con estanterías, y su acceso estaba reservado a aquellos que tenían un estatus privilegiado. Es a partir del Renacimiento cuando las bibliotecas se abren a la sociedad y se da protagonismo a los espacios destinados a la lectura. Más adelante, con la Revolución Industrial, se incrementa el número de libros que se publican y los edificios bibliotecarios se interpretan como máquinas que han de funcionar bien, con depósitos de almacenaje, salas de lectura y servicios de administración.

Desde entonces, la arquitectura bibliotecaria ha ido evolucionando en paralelo con los avances en la tecnología y en los sistemas constructivos, intentando dar respuesta a las necesidades cambiantes de la sociedad de la información.

En los últimos 40 años se han producido, además, dos importantes cambios. El primero de ellos es que el servicio bibliotecario ya no se ofrece únicamente en un espacio físico, sino que también es virtual. El segundo es que el edificio bibliotecario no es solo un espacio para la conservación, la lectura y la investigación, sino que pasan más cosas: lugar de encuentro y de ocio en el sentido más amplio del término, espacio de aprendizaje y de experimentación donde se fomenta la creatividad, etc.

En el momento actual los usuarios tienen intereses muy diferentes y las expectativas de las bibliotecas son muy altas, ya que de ellas se espera que lo ofrezcan todo. En este momento de incertidumbre se requiere un doble esfuerzo. Por un lado, el mundo bibliotecario debe adelantarse al tiempo y concebir programas funcionales que presagien las necesidades de los usuarios. Por el otro, los arquitectos hemos de ser capaces de proyectar edificios suficientemente flexibles donde se puedan llevar a cabo todas las actividades previstas y, a poder ser, las que puedan aparecer en el futuro. Pero no es una tarea fácil.

La flexibilidad total no existe, y a veces esta palabra se utiliza como excusa para evitar tomar decisiones. En algún momento hay que definir cosas que no se van a poder cambiar fácilmente, como las escaleras y ascensores, los sanitarios, las ventanas, etc. El reto del arquitecto es doble. Por un lado, proyectar un edificio, unas instalaciones y un mobiliario que sean razonablemente flexibles, un contenedor suficientemente diáfano donde se

puedan realizar cambios sin demasiado esfuerzo, con espacios que permitan simultanear actividades y la coincidencia de gente. Pero, además, ha de ser un edificio agradable, arquitectónicamente interesante y dotado de la simbología y personalidad propias de lo que representa la biblioteca como servicio abierto a toda la comunidad.

Las bibliotecas están llenas de futuro. Bibliotecarios y arquitectos hemos de planificar y proyectar a partir del equilibrio, estableciendo unos límites lógicos entre lo que se necesita y lo que se supone que se necesitará, y poner toda nuestra profesionalidad y entusiasmo para conseguir un buen resultado.